

FILMS DE
AMOR

DIXIANA

EVERETT MARSHALL

BEBÉ DANIELS

50¢



SELECCIÓN DE
FILMS DE AMOR

NUMERO EXTRAORDINARIO

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234. APARTADO 707. BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARRERÁ, NÚMEROS 14 Y 16

DIR. LUTHER REED

DIXIANA (1930)

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título, dirigida por Luther Reed

Film sonoro de
RADIO PICTURES
EXCLUSIVAS
CINÆS, S. A.

Via Layetana, 53 Barcelona

Magistral Interpretación de la simpática artista
BEBÉ DANIELS

secundada por

Bert Wheeler - Robert Woolsey - Everett
Marshall y Dorothy Lee

Argumento de dicha película

BAJO EL CIELO DE Luisiana

Caía la tarde. El sol moría con fulgores de incendio, tiñendo de grana unas nubecillas blancas, que semejaban albos copos de algodón en rama. Copos de algodón en rama había también sobre el verde intenso de los campos, sobre los cuales destacaban asimismo las camisas polvorientas y los pantalones rayados de los negros y sus grandes sombreros de paja, que hacían aún más oscuros sus rostros de color de chocolate.

Una gran serenidad se extendía como un manto sobre toda la campiña. Ni una leve brisa movía las hojas de los algodoceros, y en el aire encaluzado ascendían las canciones nostálgicas de los negros, preñadas de añoranzas.

Era aquella la plantación de los Van Horn, una de las más ricas de Luisiana.

A la puerta de la casa señorial, bajo el ancho alero que tendía sobre las baldosas



El circo de Cayetano.

una sombra amable, dos hombres, sentados, repantigados, mejor dicho, en sendas butacas de mimbre, contemplaban al limpio añil del cielo.

Uno de ellos, de unos cincuenta y cinco años de edad, luciendo una calva respetable, ornada de cabellos blancos más respetables aún, que contrastaba con la viveza, la juventud y la alegría de sus ojillos de ratón, fumaba cachazadamente una larga pipa holandesa, deleitándose en seguir, de cuando en

cuando, con la vista las espirales que el humo trazaba en el ambiente dormido.

En el señor Van Horn, propietario de la plantación. Un buen cerdo de la pata de Epicuro, jovial, bondadoso, sano. Los plantadores de Luisiana, casi todos ellos orgullosos de la limpieza de su estirpe, desdénaban olímpicamente al buen señor Van Horn. No le perdonaban la humildad de su origen; no la perdonaban, sobre todo, el que de simple labrador a jornal hubiese sabido elevarse a la categoría de uno de los primeros plantadores del Estado.

Naturalmente que el señor Van Horn, buen filósofo, se sonreía de tales desdénos, y en medio de su prosperidad, vigilando sus haciendas, saboreando cada día el espectáculo de las puestas de sol, tratando a sus negros con la bondad de un patriarca bíblico, se sentía el hombre más feliz del mundo.

Su acompañante era bastante más joven que él: veintitrés, veinticinco años. No vestía con el desaliño del viejo Van Horn, sino que sus ropas eran elegantes, pulcras, atildadas, como correspondía a un petrímetro de la época; de aquella época en que imperaban las altas chisteras, las bien cortadas levitas, los pomposos miriñaques. Bajo sus ropas se adivinaba una musculatura de atleta, y en su rostro afeitado cuidadosamente triunfaba la prestancia de dos pobladas patillas.

Este joven, flor y nata de los de su tiempo, era Carlos Van Horn, el hijo único del plantador.

Más que padre e hijo, se consideraban los dos como dos buenos amigos. Juntos paseaban, juntos recorrían las plantaciones, juntos se sentaban en los atardeceres a fumar una pipa y a charlar de mil cosas fútiles, como dos hombres de la misma edad, de análogos gustos, de idénticas aficiones.

Carlos veía, no sin pena, el aislamiento en que vivía su padre, despreciado por los demás plantadores, y aunque el viejo parecía no darle a ello la menor importancia, él procuraba resarcirle con su compañía de su soledad.

Se lo agradecía, sobre todo, porque, a pesar de la risa que bailaba constantemente en sus labios, a pesar de la travesura perenne de sus ojillos vivarachos, a veces sobre él pesaba la soledad. Era cuando pensaba en su esposa actual, con la que había contraído matrimonio mucho después de la muerte de su primera mujer, la madre de Carlos. No congeniaban. Ella, despótica, violenta, imperiosa, con muchos kilos de peso y muchas arrobas de vulgaridad; él, dulce, bondadoso, propenso siempre a la ironía.

En tales ocasiones, el viejo Van Horn no exteriorizaba su malhumor. Se limitaba a fumar su pipa más cachazudamente que nun-

ea y a contemplar las espirales que trazaba el humo en la atmósfera; en esas espirales, sin duda, veía él dibujarse paisajes remotos, del otro lado del mar: paisajes donde había prados florecidos de anapolas, unas candidas vacas, unos airosos molinos de viento... paisajes de la bella Holanda, en suma, su tierra natal.

En esta tarde encalmada, el señor Von Horn dejó de fumar y miró a Carlos, sonriendo. Hasta ellos, envolviéndolos en una oleada de canciones, llegaban las canciones de los trabajadores del campo.

—Gusta oírlos cantar, ¿verdad, hijo?

—Sí papá... se adormece uno escuchándolos.

—Cantan de alegría... No son las tuyas canciones de esclavitud...

—Es porque te quieren. Para ellos, más que uno eres padre.

—A ti te quieren también... Desde que has vuelto de Nueva Orleans, a pasar conmigo las vacaciones, cantan con más alegría que nunca.

—Nueva Orleans!...—suspiró el joven sin poder contenerse.

Y sus ojos, llenos de ensoñación, quedaron fijos en un punto remoto del espacio, en dirección de la línea del horizonte, como si quisieran taladrar la atmósfera y llegar con su poder visual hasta las mismas calles de la ciudad lejana.

El señor Von Horn miró atentamente a su hijo; sus ojos acentuaron la expresión habitual de malicia que los caracterizaba, y dijo, sonriendo:

—A mí no me engañas... ¿Que sea en hora buena!...

—¿Qué quieres decir?—preguntó Carlos, fingiendo a la perfección una profunda extrañeza.

—¿Lo sabes tan bien como yo lo sé. ¡Tú estás enamorado!

—¿Yo?...

—No lo niegues... podrás ocultarlo a todo el mundo, pero a mí no.

—No te sabía adivino...

—¿Por qué no eres sincero conmigo, Carlos?... Confíezalo... ¡Si no estoy deseando otra cosa!

—¿De veras?

—¿Puedes dudarlo?... En serio, Carlos... ¡no sabes tú cuánto alegrarían mi vejez unos cuantos nees corriendo por aquí!

—¿Es cierto que eso haría tu felicidad?—preguntó Carlos, incorporándose en el sillón.

—¡Venme yo abuelo, hacer cabalgar sobre mis rodillas media docena de chiquillos!—exclamó el señor Von Horn como hablando consigo mismo.—¡Eso sería una felicidad con la que no me atrevo a soñar!

—Pues yo, en su caso, me atrevería.

—¿Quieres decir que...?

—Has adivinado la verdad... ¡Estoy enamorado!

—¡Soberbio!... ¿Y de quién, puede saberse?

—¿Me permite que por ahora guarde el secreto?

—Como quieras... Pero dime, al menos, ¿cuál es su condición?

—¿Es eso muy importante para ti?

—No; completamente secundario... Simple curiosidad...

—Pues... su condición es humilde...

—¿Mejor que mejor!

—¿Sí?...

—Sí. Me cargan los aristócratas... Para sangre azul, tengo de sobras con la de tu madrestra.

Se echaron a reír los dos ruidosamente. Y sus carcajadas alegres rompieron, con un estallido jocundo, la tristeza de la tarde que moría...

II

DIXIANA

Atrás queda la plantación con su quietud, con su serenidad: silenciosa agua de remanso.

El torrente—un torrente muy modesto, hay que decirlo todo—nos atrae. Ese torrente lleva un nombre sonoro en la época: Nueva Orleans. Por todas partes, en pascos, en tiendas, en teatros, damas de amplios miriñaques y escotes de maravilla, ponen el encanto de sus ojos de criollas, eternamente seguidas por petimetres que, sin ningún género de duda, usan corsé. Por las calles, coches lujosos, arrastrados por bricosos caballos. Animación, ¡t y venir de hombres, de cuadrúpedos, de vehículos. ¡Hasta un tranvía de mulas, pasa trepidante, con una velocidad que a los pacíficos habitantes de Nueva Orleans se les antoja vertiginosa!

¡Es el triunfo de la civilización, del progreso, del dinamismo!

Empieza a hablarse, con grandes asparien-

tos de asombro, de que, sobre unos rieles de hierro, se ha lanzado una máquina poderosa, la cual, movida por el vapor de agua, resoplando, silbando, bufando, arrastra tras de sí numerosos coches llenos de carga y de viajeros. Y las buenas ancianas, que habían visto otros tiempos más tranquilos, murmuran, santiguándose:

—¿A dónde vamos a ir a parar!...

Pero dejemos a la ciudad atenta a las inquietudes de su despertar, y vayamos en busca de un rincón amable y discreto, hasta donde no llega el tintineo del tranvía ni el rumor de las conversaciones de las buenas ancianas asustadas ante la ola de progreso que lo invade todo.

El Circo de Cayetano. En la pista, "clowns", amazonas, saltimbanquis; junto al anillo de arena, multitudes ingenuas, que ríen y palmotean estruendosamente, sin cuidarse de recitar sus sentimientos.

Pero en las localidades curas, en los palcos, en las plateas, triunfan las correctas levitas de los patrimonios. Algunos caballeros pertenecientes a las altas esferas sociales, no tienen a menos acudir asiduamente al Circo de Cayetano. No van, sin duda, a deleitarse con los juegos de los payasos ni a aplaudir la destreza de los saltimbanquis.

—¿A qué van, pues, al circo de Cayetano? Veámoslo.



Era asombroso el espectáculo de la pista.

En los dos proscenios que dominan la embocadura de la pista, hay dos caballeros de porte distinguido y elegante indumentaria. A uno de ellos ya le conocemos; es Carlos Van Horn, el hijo del plantador. El otro se llama Jorge Montague, y lo que de él se sabe tras las lonas del Circo, es que es muy rico y que está enamorado de la principal atracción del establecimiento; es decir, de Dixiana.

Esto no lo ignora tampoco Van Horn,

como Montague no ignora, asimismo, que el hijo del holandés es el preferido de la artista. Y una sorda rivalidad existe entre ellos; y de palco a palco se cruzan, sobre la alegría de la pista, miradas que son como dardos envenenados.

Pero, silencio... He aquí la orquesta que desgana las primeras notas de un vibrante pasodoble. Todas las miradas convergen hacia la embocadura de la pista. Se abre la cortina, y aparecen dos avestruces blancos arrastrando un cochecillo en el que descansa un huevo monumental.

Avanza el vehículo hasta el centro de la pista, y allí se obra el prodigio. El huevo se abre y de su interior sale una muñeca gentilísima, blancas las carnes, blancos los vestidos, blancas las riendas que empuña; las cuales terminan en los picos de los dos avestruces.

Es Dixiana.

No hace falta mucha penetración para asegurarlo. Basta ver el rayo de luz que ha iluminado, de pronto, los rostros, hasta entonces sombríos, de Van Horn y de Montague.

A ambos sonríe la linda muchacha, al saltar del huevo, como si entre los dos no estableciera la menor distinción; y en aquel momento, como decapitadas por una guillotina invisible, caen al suelo las cabezas de los

dos avestruces. En su lugar asoman dos caras burlescas; caras de cómicos habituados a correr mundo y a no asustarse de nada.

Dixiana salta del cochecito, canta, baila. Sus miradas se dirigen por igual a sus dos adoradores y al público que llena la sala. Por ninguna persona determinada parece sentir preferencia.

Pero el panorama cambia cuando la artista, terminado el número con sus dos compañeros, se libra de ellos y sale sola a interpretar una nueva canción.

En su mano derecha palidece una rosa junto a su belleza. Canta. Por un momento parece que la rosa va a ser lanzada por sus lindas manos al palco de Montague; pero es solamente una falsa apariencia que, eso sí, ha hecho al millonario alargar los brazos en un gesto de esperanza, mientras la flor se quedaba entre los dedos de Dixiana.

Montague se mordió los labios.

Carlos Van Horn sonrió satisfecho.

Un momento después la artista estaba ante su palco; repetía ante él la canción que había cantado ante Montague, y volvía a iniciar el movimiento de lanzar la flor; pero esta vez el movimiento se completaba y las manos enguantadas de Van Horn recogieron suavemente la rosa y la llevaron a sus labios...

III

LOS DOS RIVALES

Cuando la última nota del pasacalle final se extinguió en el aire y los espectadores abandonaron sus localidades, Jorge Montague, no sin dirigir una última mirada de odio a su rival, se levantó lentamente, se cubrió la cabeza con el monumental sombrero de copa, y salió del palco, haciendo girar en su mano derecha el bastón de puño de oro.

Tenía un aspecto petulante y jactancioso de perdonavidas. Aparentaba unos treinta y cinco años, y en su rostro pálido, pulcramente afeitado, había un rictus de amargura.

Se comentaba mucho su fortuna y sus medios de vida. Según malas lenguas, su fuente de ingresos distaba mucho de ser limpia y confesable. Se le atribuían negocios de juego, de contrabando y hasta de robo. Se decía que una banda de malhechores actuaba en la ciudad bajo sus órdenes y que de muchos de los grandes robos ocurridos en Nueva Orleans en los últimos tiempos, podía



Ante el público triunfaba, una vez más, Dixiana.

Montague oscurecer el misterio que los rodeaba.

Naturalmente, estos rumores no se confirmaban, pues de lo contrario no andaría el sospechoso sujeto por las calles presumiendo de caballero.

Lo que sí se sabía a ciencia cierta era que Jorge Montague poseía y explotaba el mejor garito de la ciudad, que, para mayor amenidad, funcionaba unido a una sala de espec-

túculos, en la que podían admirarse las mejores atracciones que desfilaban por Nueva Orleans.

Por eso, los nobles caballeros de sangre azul, las damas de rancio abolengo, volvían el rostro cuando pasaban por el lado de Jorge Montague, para no tener el disgusto de saludarlo.

En la puerta del palco aguardaba a Jorge Montague su hombre de confianza, Ernesto Miller; un gigante hercúleo, armado con un bastón como una maza, que no inspiraba la menor confianza. No dijo nada al ver a su amo. Se limitó a seguirle como un perro, y tras él atravesó la pista y penetró en el pasillo a cuyos lados se hallaban las habitaciones de los artistas.

Allí, junto a la puerta, sentado en un cajón, y teniendo ante él un buen puñado de dinero en piezas pequeñas, producto de la entrada, que el taquillero le entregaba en aquellos momentos, había un hombre calvo, de rostro cínico y depravado.

Era Cayetano, el dueño del Circo.

Al ver acercarse a Montague, se levantó presurosamente, embrió con un trapo el montón de dinero que tenía delante y despidió con un gesto al taquillero. Luego se curvó en una profunda reverencia ante el recién llegado;

— ¡Tanto honor, mi querido señor Montague!

El jugador le miró con desdén, con ese desdén con que los seres despreciables miran a quien es más despreciable que ellos, y sin dignarse contestar a su saludo, le dijo:

Tengo que hablar contigo, Cayetano.

— ¿Quiere usted que pasemos a mi camerino?

— No, no vale la pena; aquí mismo.

Y Montague, desdeñando la silla que el saltimbanqui le ofrecía, tomó asiento en el cajón, obligando a Cayetano a sentarse a su lado.

Inmediatamente tomó la palabra:

— ¿Has visto la bofetada que me ha dado Dixiana?

— ¡Una bofetada! — exclamó Cayetano, fingiendo un perfecto asombro.

Montague le miró con desprecio y dijo:

— Sabes de sobras a lo que me refiero...

— ¡Y no estoy dispuesto a tolerar que tus artistas se burlen de mí! ¿No has visto el desprecio que me ha hecho Dixiana delante de todo el mundo?

— ¡Bah! ¡Una broma sin importancia, señor!

— ¡Las bromas que me ponen en ridículo no las tolero! ¡Aunque vengan de Dixiana!

— ¿Y qué quiere usted que yo le haga, mi querido señor Montague?

—¿Me lo preguntas?... ¡Reprendería! ¡Imponerle un castigo, si es preciso!

Sería proceder con excesivo rigor.

—¿Olvidas lo que me debes, Cayetano?

—¡Oh, no, señor!

—¿Olvidas que gracias a mí mantienes el Circo abierto; que gracias a mí puedes ir pagando tus deudas y permanecer tranquilo en una ciudad, en vez de andar rodando por los caminos? ¿Olvidas todo eso? En ese caso, yo encontraré el medio de refrescarte la memoria.

—No olvido nada, mi querido señor Montagne. Y para demostrárselo, estoy dispuesto a hacer lo que usted mande.

—Entonces, llama a Dixiana.

Se levantó Cayetano, y al hacerlo vió que un hombre se hallaba en la puerta del circo que daba a la pista. Era Carlos Van Horn. Esbozó el cómico un gesto de contrariedad y dirigió a Montagne una mirada significativa. Este se levantó, y, lentamente, se aproximó a Van Horn.

Los dos rivales se hallaban frente a frente. Fué Carlos el primero en hablar:

—¿Puedo saber para qué ha llamado usted a Dixiana?

—Podría decirle que no; pero le diré que para un asunto particular... y reservado.

—¿Y ella vendrá?

—Así lo espero.

—¿Por qué?

—Porque mi dinero me permite dar órdenes aquí.

—¡Ah!

—Ya que la casualidad nos ha reunido aquí, permítame una pregunta, joven... ¿Usted es el hijo de ese pobre diablo que explota las plantaciones Van Horn?

—Soy hijo del señor Van Horn.

—Celebro conocerle... Y ahora, voy a tomarme la libertad de darle un consejo, joven: no se mezcle en mis asuntos.

—Todo lo que se refiere a Dixiana, es asunto mío, señor!

—¡Ah!, ¿lo toma usted tan a pecho? ¿Entonces es cierto que piensa usted casarse con esa artista? ¿Ya ha pedido usted su mano a los padres de ella? Aquí, los caballeros solemos llenar esas formalidades. Aunque, verdaderamente, tratándose de Dixiana, no lo creo imprescindible...

Era tan claro el insulto, que Carlos Van Horn, perdida ya su serenidad, levantó el bastón, dispuesto a descargarlo sobre la cabeza de su rival.

En aquel momento Dixiana apareció en el pasillo, y el bastón de Carlos descendió lentamente hasta apoyarse en el suelo.

IV

¡DIXIANA, TE AMO!

Una mirada le bastó a Dixiana para darse cuenta de lo que ocurría, y adelantando hasta el sitio donde los dos hombres se encontraban, se colocó entre ellos, preguntando:

— ¿Qué significa esto?

Esto significa, querida Dixiana — se apresuró a explicar Montague —, que su amigo Van Horn es demasiado susceptible y cree ver ofensas en todas partes... ¡Mire qué suponer que yo la había ofendido a usted!...

Dixiana miró a Carlos; le vió iracundo, sombrío, reconcentrado, y comprendió lo que pasaba en su interior. Si, no cabía duda; Montague la había insultado y Carlos había salido en su defensa, precisamente en el momento en que ella había hecho su aparición en el pasillo. El drama estaba, pues, vivo, palpitante aún, esperando solamente la chispa que lo desencadenase. Una palabra imprudente de Dixiana, y entre aquellos dos hombres surgiría el duelo inevitable.



— Les presento a mi prometida...

Por fortuna, la artista tenía talento, comprensión y diplomacia:

Se aproximó más aún a Montague, puso sus lindas manos sobre sus hombros, y dijo sonriente, mientras miraba a Van Horn:

— Un caballero como el señor Montague no pueda haberme ofendido deliberadamente, Carlos.

Montague sonrió, miró triunfalmente a su rival y se inclinó, un poco burlonamente, ante él, diciéndole a modo de despedida:

—Lamento su equivocación, señor.

Y se alejó, digno, altivo, como un caballero "de verdad".

Cuando la lona de la puerta cayó tras él, Dixiana, que hasta entonces había mirado con severidad a Carlos, se echó a reír a carcajadas, contenta, feliz:

Van Horn, solemne, se acercó a ella y le preguntó:

—Dixiana, ¿me cree usted un caballero?

—¡El caballero más noble del mundo!— exclamó la joven con entusiasmo.

—¿De veras?

—¿Lo duda usted?

—Hace un instante lo hubiera dudado, al ver como usted parecía darle la razón a Montague.

—Pero, ¿no comprende usted que lo he hecho por evitar un encuentro desagradable entre ustedes dos?

—¿Temía usted por él?

—Por él, no; por usted...

Van Horn, sin poder contenerse por más tiempo, y aprovechando la soledad en que se encontraban, estrechó entre sus brazos a la artista, diciéndole al oído, con voz emocionada:

—Te amo, Dixiana!...

—Y yo a ti, con toda mi alma!

Sus labios se buscaron y las bellas palabras quedaron selladas por un beso.

Luego, Van Horn le preguntó:

—¿Quieres ser mi esposa, Dixiana?

—Sí.

—Entonces, si no tienes inconveniente, esta misma noche saldremos para la plantación de mi padre; te presentaré a mi familia y dentro de unos días nos casaremos.

—¡Oh, Carlos, soy la mujer más feliz del mundo!

Se abrazaron de nuevo, y de nuevo se besaron. Y en aquel momento dos testigos vinieron a interrumpir el idilio. Dos testigos consternados: Jinger y Billy, los dos compañeros de Dixiana. Ambos abrieron desmesuradamente los ojos ante el espectáculo insospechado que presenciaban y no se desmayaron, porque su dignidad no se lo permitió; pero no por falta de ganas.

—¿Qué significa esto?— preguntó Jinger.

—¿Es que piensas deshacer el trío, Dixiana?—interrogó Billy.

—Esto significa—respondió la artista sonriendo—, que me caso, queridos camaradas.

Y otra vez se retrató la más profunda consternación en los rostros de los dos payasos.

—¡Pero, esto equivale a la bancarrota!

—¿De dónde vamos a sacar ahora otro avestruz tan lindo?

Dixiana, en su felicidad, no podía dejar

de pensar en la felicidad de sus compañeros, de aquellos que habían pasado con ella penas y fatigas, que la habían animado con su alegría perenne en los momentos de apuro y de desaliento, cuando todo parecía volverse contra ellos, a lo largo de los caminos del mundo.

Miró a Carlos, con una mirada llena de súplicas, y cambió con él unas palabras en voz baja, a las que Van Horn contestó, en voz baja también, y también sonriendo. Entonces, la artista se volvió a sus compañeros:

—No os apuréis... vendréis con nosotros.

—¿De verdad?—preguntó Billy, en el colmo del entusiasmo, mientras Jinger fumaba desesperadamente su eterno puro, para no dejar traslucir su emoción.

—El trío seguirá actuando como hasta ahora, ya que no en las tablas, en la vida.

Mientras ellos hablaban, Carlos había salido al exterior, donde le aguardaba Jacobo, su pequeño criado negro, al cual dijo:

—Monta a caballo, corre a la hacienda y dile a mi padre que mañana, antes del mediodía, estaré allí con mi novia.

—¿Se va a casar el señor?

—Sí, Jacobo, voy a casarme. ¿No lo aprehes?

—Para mí, todo lo que hace el señor, está bien hecho.

—Gracias, Jacobo. Anda, corre a llevarle la noticia a mi padre.

Cuando Carlos volvió al interior del circo, sorprendió una escena extraordinariamente agradable. Dixiana, rodeada de toda la "troupe" del circo, exultaba en el colmo de la felicidad:

—¡Sabedlo todos! Voy a casarme con el hombre mejor del mundo... Carlos Van Horn.

MARLENE DIETRICH



La artista cinematográfica más rápidamente encumbrada, se nos muestra en todo su arte en

FATALIDAD

cuya novela ha sido lujosamente editada por

Ediciones BIBLIOTHECA FILMS
EDITORIAL ALAS
Apartado de Correos 707 - Barcelona

V

HACIA LA PLANTACION

En cuanto las primeras claridades del alba asomaron por Oriente, una silla de posta se detuvo ante la fonda modesta donde se albergaban algunos de los artistas del Circo de Cayetano, y de su interior descendió Carlos Van Horn, quien, entrando en el establecimiento, salió a poco acompañado de Dixiana y seguido por Jinger y Billy, los dos escuderos de su novia.

Unos momentos después, con alegre repique de cascabeles, el carruaje se ponía en marcha, y dejando atrás los últimos edificios de Nueva Orleans, rodaba por el camino real, en tanto que la atmósfera se iba aclarando y los primeros rayos del sol rompían, con una risa de luz, la neblina del amanecer.

Eran felices los viajeros. Nunca les había parecido tan hermoso el mundo que les rodeaba. Ante las ventanas del coche desfilaban campos, bosques, praderas, caseríos. Todo el

esplendor de maravilla de la tierra de Luisiana desfilaba ante la vista de los viajeros, que, a pesar de conocerlo bien, lo miraban hoy como un paisaje nuevo, que respondiese perfectamente al estado risueño de sus espíritus.

Entretanto, en la mansión de los Van Horn, otras escenas de muy distinta índole se desarrollaban. Era el despertar del matrimonio, trágico como todos los días. Los ronquidos bellos del holandés tenían el poder de hacer saltar del lecho a su cara mitad, y esta mañana, como otras muchas, la gigantesca dama, imponente en su camión de dormir, se levantaba furiosa y varaudaba a su marido hasta conseguir despertarle.

Miró esto a su esposa primero, a su alrededor después, bostezó a conciencia, y dijo:

—Tenía el sueño más agradable del mundo...

—¿Sí? ¡Cuéntamelo!

—Soñaba que me quedaba viudo otra vez.

—¡La que se va a quedar viuda soy yo sino dejas de roncar!

El señor Van Horn escondió prudentemente la cabeza bajo la sábana y recordó una vez más lo que la experiencia le había enseñado: Esto es, que el hombre que se casa una vez es monógamo; el que se casa dos, es idiota...

Pocos minutos después, Jacobo, el criado negro, llamaba estrepitosamente a la puerta de la alcoba de sus amos. Salíó a abrir la señora Van Horn, y el chico, sin reparar en lo ligero de sus ropas, le espetó:

—¡Mi ama, mi ama! ¡El señorito Carlos viene hacia aquí con su futura esposa!

—¿Qué dices, muchacho? ¿Te has vuelto loco?

—No mi ama, no, no! ¡Es cierto! ¡El señorito Carlos va a casarse y ahora viene a enseñarles a ustedes la novia!

—Pero—intervino el señor Van Horn—, ¿quién es ella?

—¡Ah, no lo sé!... Lo único que sé es que es una gran señorona de Nueva Orleans.

—¡Una gran señorona!—exclamó la opulenta dama con el rostro rebotante de satisfacción, dirigiéndose a su marido.

—Y además—contestó el chico—, vienen con ellos dos aristócratas.

—¡Dos aristócratas!—chilló la señora Van Horn—. ¡Hay que prepararlo todo para su recibimiento!

Se vistieron febrilmente los dos esposos, y empezaron los preparativos para la recepción. Aquella mañana las labores del campo fueron en gran parte desatendidas, pues los robustos braceros de la plantación harto te-



Dió un bufido al ver las copas rotas

nían que hacer con obedecer las órdenes de la señora Van Horn, que, como un general en jefe, mandaba cambiar muebles, limpiar paredes, fregar y encerar pisos y poner, en fin, la casa limpia y brillante como una patena.

Mientras tanto, la silla de posta que conducía a los novios y a sus acompañantes seguía rodando por el camino real, acercándose cada vez más a la plantación. Por fin, los viajeros divisaron a lo lejos la casa solitaria

de los Van Horn, y un hurra de alegría se escapó de aquellos cuatro pechos juveniles.

Unos momentos después el vehículo se detenía en el atrio, ante el alero que ya conocíamos.

Los esposos Van Horn se aproximaron al coche con mil zalemas y reverencias, acogiendo a Dixiana con una cordialidad que en el plantador era absolutamente sincera y en su esposa tenía algo de excesiva y teatral.

En efecto, al señor Van Horn la vista de la novia de su hijo le proporcionaba una alegría verdadera, que no manchaba ningún sentimiento interesado.

Por el contrario, su esposa sólo veía en la llegada de aquella linda joven, y particularmente en la de sus dos acompañantes un motivo de satisfacer su vanidad, que, dicho sea de paso, era de tan grandes proporciones como su cuerpo.

La inmensa dama sólo sabía, sólo quería saber que los recién llegados eran una gran señorona de Nueva Orleans y dos aristócratas de pura cepa. Lo demás le importaba poco. Lo único que le interesaba era poder demostrar a los plantadores vecinos suyos que también ella podía permitirse el lujo de alojar en su casa a gente de auténtica sangre azul.

Se cambiaron de una y otra parte saludos ceremoniosos, que hubieran sido envidiados

en Versalles, y los huéspedes pasaron a las habitaciones que les habían sido destinadas.

Una vez en la suya, Jinger y Billy quisieron hacer gula de su ingenio ante el criado negro que les acompañaba, y así, el más viejo de los cómicos, colocando en el suelo tres cigarros, se dirigió al obscuro personaje:

—Si quieres ganarte dos dólares, has de levantar estos cigarros del suelo sin decir ¡ay!

—¿Nada más que eso, mi amo?

—Nada más.

—¡Oh!, eso lo hago yo con los ojos cerrados.

—Ya lo veremos.

El negro, riendo, seguro de sí mismo, acciando ya mentalmente los dos dólares que iban a entrar en sus bolsillos, se inclinó y recogió el primer puro; hizo lo mismo con el segundo, pero cuando se inclinaba para recoger el tercero, recibió en las posaderas tan soberbio puntapié administrado por Jinger, que el pobre diablo salió de estampía del cuarto, lanzando más ayes que un perro moribundo.

Los dos cómicos se estrecharon las manos riendo a carcajadas. ¡Su entrada había sido triunfal!

IV

LA FIESTA DE BIENVENIDA

Aquella noche, quieras que no, el señor Van Horn hubo de resignarse a confundar en un frac incómodo su humanidad habituada a la libertad de la camisa de seda. La señora Van Horn no transigía. Habían llegado a su casa huéspedes aristocráticos y era preciso honrarlos como se merecían.

Por lo tanto, se acordó celebrar en honor de los recién llegados una gran fiesta, a la que se invitó a todos los plantadores y a los nobles del contorno, aun temiendo recibir de parte de ellos cortesías o descaradas negativas.

Naturalmente que la mayoría no acudieron a aquel llamamiento desesperado, pero hubo algunos que, atraídos por el cebo de linaje de los huéspedes, acudieron con sus carrozas y sus lacayos a la mansión de los Van Horn, dando así a la fiesta el brillo y el prestigio de que sin ellos hubiera carecido.

De punta en blanco, los dos esposos esperaban con impaciencia que llegase el mo-

mento en que la etiqueta les mandaba comparecer en el salón; y para no perder el tiempo, y también para dominar su nerviosidad, la dama aleccionaba a su marido en el difícil arte de comportarse en sociedad.

Lecciones que, a decir verdad, el buen plantador aceptaba como un niño acepta una purga, bien decidido a no hacer de ellos el menor caso apenas pudiese el pie en el salón. Y así lo hizo. No bien entró en la vasta sala, que brillaba como un ascua, su esposa se apresuró a presentarle a uno de los invitados más distinguidos: el coronel Porter, y Van Horn, distraído, confundiendo las lecciones que acababa de recibir, muy rendidamente se inclinó ante él y le besó la mano.

Por fortuna, Jinger y Billy estaban próximos y acudieron en su auxilio, llevándosele a un gabinete contiguo, donde, para matar el tiempo, repitieron con él la broma que de por la mañana habían hecho víctima al criado negro.

El buen señor Van Horn dudó entre incomodarse o echarse a reír. Optó por lo último, sobre todo pensando que aquella broma podía causar un disgusto a su cara mitad. Y, ni corto ni perezoso, expuso a sus nuevos amigos sus proyectos y les pidió su colaboración.

Unos momentos después estaban los tres hombres de nuevo en el salón, saboreando

por anticipado su éxito. No tardaron en divisar la mole gigantesca de la dueña de la casa, y a ella se dirigieron Jinger y Billy, seguidos de cerca por el señor Van Horn.

Una reverencia de los jóvenes, una sonrisa satisfecha de la dama, y ésta, dirigiéndose a Jinger, y mirando con el rabllo del ojo a su marido, suspiró:

—Adoro la juventud! Debí haberme casado con un joven.

—Eso va por mí—murmuró Van Horn; y luego, en voz alta, dijo:—¿Por qué no enseñan ustedes a mi esposa el juego de los cigarros?

—Con mucho gusto—respondió Jinger. Y volviéndose a la dama:—¿Conoce usted el juego de los cigarros, señora?

—¿El juego de los cigarros? ¡No, en verdad! Ni siquiera lo había oído nombrar.

—Es un juego que practican los píales rojas cuando padecen epidemia de botezas... Se llama "Dar pie a un puntapié".

—¡Oh!, muy curioso... ¿Y en qué consiste el juego?

—Es muy sencillo—respondió Jinger, que era el que llevaba la voz cantante—. Consiste en levantar del suelo estos tres cigarros, sin decir lay!

—¿Todos a la vez?

—¡No!—terció el marido—. Uno por uno.

¡Bah! ¡Eso lo hago yo con los ojos cerrados!

El señor Van Horn se acercó a los dos cómicos y les preguntó en voz baja:

¿Quién dará el puntapié?

—El que tenga los pies más grandes—respondió Jinger.

Los tres cigarros fueron colocados en el suelo, y cuando la dama iba a inclinarse para recoger el primero, su marido la detuvo:

—¡Alto, alto!, las cosas hay que hacerlas bien. Vamos a apostar una pequeña cantidad...

—¿Cuánto?—intervino Billy—. ¿Dos dólares?

—¡Oh!—exclamó la señora Van Horn—. ¡Eso es muy poco! Apostaremos diez dólares.

—No—dijo el dueño de la casa—. Veinticinco dólares. Tengo la seguridad de ganar.

—Y yo también, querido.

Empezó el juego. La señora Van Horn, entre grandes risotadas, recogió del suelo el primer cigarro; hizo lo mismo con el segundo. La pierna derecha del señor Jinger se balanceó en el aire, dispuesta a propinar un puntapié realmente magistral. El señor Van Horn se frotaba las manos satisfecho. ¡Ahí era nada! De un sólo golpe iba a ganarse veinticinco dólares e iba a tener el placer de obsequiar a su costilla con un regalito que

El por sí solo, nunca se hubiera atrevido a hacer.

Pero es imprudente cantar victoria por anticipado. La señora Van Horn recogió del suelo el tercer cigarro, y antes de que Jinger pudiese descargar en su parte más carnosa el consabido puntapié, la dama se dejó caer en un sillón, burlando así los propósitos del payaso. Ganó la apuesta. Había recogido del suelo los tres cigarrillos, sin decir ¡ay!

Mientras tanto, en una sala contigua, Carlos, rodeado de sus amigos íntimos, se despedía alegremente de su vida de soltero.

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

VII

EL SAINETE SE CONVIERTE EN DRAMA

La fiesta se hallaba en su apogeo; mejor dicho, empezaba a languidecer por falta de nuevos atractivos.

Carlos y sus amigos, sin saber ya por quién brindar, habían vuelto al salón, y Jinger y Billy habían agotado casi por completo su repertorio de chistes y piruetas, que les había valido la simpatía de todos los concurrentes, particularmente de la dueña de la casa. Les faltaba, sin embargo, realizar el número que debía ser el "clon" de la fiesta.

La voz de Jinger se dejó oír:

—¡Atención, señoras y caballeros!...
¡Atención, atención, atención!...

Los concurrentes se arremolinaron en torno de los dos cómicos, los cuales, muy erguidos, muy serios, colocados junto a un vela-

dor abarrotado de fina cristalería, parecían esperar el momento de actuar.

Jinger continuó:

—Van ustedes a admirar, señoras y caballeros, el juego más espectacular que han visto los siglos... Vámonos a empezar.

Y haciendo una seña a Billy, éste empezó a formar una pila con las copas de champagne.

La señora Van Horn, a pesar de su simpatía por los dos supuestos aristócratas, no pudo reprimir un griso de sobresalto:

—¡Mi cristalería de Bohemia!

Y Dixiana, que allí cerca estaba, acompañada de Carlos, temiendo una catástrofe, hizo a los dos muchachos una seña muy significativa, invitándoles a renunciar a aquel juego peligroso; señas que los cómicos, con la miel de los aplausos ya en los labios, no supieron o no quisieron comprender.

Antes al contrario, Jinger, pretendiendo tranquilizar a todos, se dispuso él mismo a levantar la montaña de copas que su compañero le había preparado. Y, en efecto, la levantó; pero no fué más que un segundo. La pila de copas de cristal de Bohemia se vino al suelo con estrépito, causando la consternación general.

La señora Van Horn, sin poder dominar su cólera, se abrió paso hasta aproximarse



Fueron interrumpidos en su paseo...

a los desgraciados malabaristas, y les escupió a la cara:

—¡Imbéciles!

Jinger, olvidado de la comedia que allí representaban, sólo pensó en sincerarse:

—¡La culpa ha sido de Billy! Este mismo número lo he interpretado ya mil veces con Dixiana.

—¿Con Dixiana?—preguntó la dueña de la casa, un tanto extrañada.

—Sí... cuando trabajábamos en el Círculo.

—¡Cómo! ¿Dixiana en un Circo?

Jinger se tapó la boca. Era tarde ya. Una mirada a Dixiana y otra a la señora Van Horn le bastaron para comprenderlo así. La joven había palidecido y miraba a Carlos con ojos angustiados, que pedían auxilio y protección. La dueña de la casa, en cambio, semejaba un dragón dispuesto a devorar a un inocente corderillo.

Dos poderosos empujones de sus brazos de Hércules, y la gigantesca señora logró acercarse sin más esfuerzos a Dixiana y a Carlos, que aguardaban a pie firme el chaparrón:

—¿Es cierto lo que dice ese hombre, señorita?—preguntó la dama a la artista.

Dixiana bajó la cabeza y sus ojos se clavaron en el suelo.

No hacía falta que hablase. Su silencio era más elocuente que todas las palabras.

La señora Van Horn, se enfureció. Su furia no era como la de los demás mortales; era una furia multiplicada por diez, por veinte; algo así como si se enfureciese un autobús.

Se encará con su hijastro, y gozándose en la humillación de aquella mujer que tenía delante, aulló:

—¿Y esta era la gran dama, la ilustre señora de sangre azul?... ¡Imbécil! ¡Has

ido a buscar novia en la escoria de Nueva Orleans!

Carlos sintió la tentación de estrangular a aquella ballena; pero se contuvo. Todo aún podría arreglarse. Su padre era el verdadero dueño de la casa y él lo sabía de su parte. Se limitó a tomar a su novia del brazo y a conducirla suavemente hacia la puerta del salón, mientras el rugido de la señora Van Horn seguía resonando a sus espaldas:

—¡Fuera de mi casa! ¡No quiero aquí titiritas! ¡A ver, los criados, que la echen!

Cuando la infeliz se vio en una habitación discreta, hasta donde no llegaban los ruidos del salón, no pudo seguir dominando su emoción y se echó a llorar desconsoladamente. Carlos trataba por todos los medios de consolarla:

—No lo tomes así, Dixiana. Esa mujer, no es una mujer; es una fiera.

—No, Carlos. Tiene razón. La hemos engañado... Hemos entrado en su casa sorprendiendo su buena fe, como impostores, como malhechores... Es justo lo que ha dicho; es justo que nos arroje de su casa como a perros sarnosos.

—¡Qué importa lo que ella diga! ¡Es mi padre quien manda aquí! Y él volverá a poner las cosas en su sitio...

—No, no... te lo agradezco, Carlos... pero yo no puedo seguir aquí ni un minuto más...

Me siento abrumada por la vergüenza.

—Entonces, yo me voy contigo... Nos casaremos en cuanto lleguemos a Nueva Orleans. Para nada necesito el consentimiento de mi padre, puesto que soy mayor de edad.

—Pero tu padre te quiere... sufriría mucho si hicieses eso.

—No lo hago por mi gusto. Son las circunstancias las que me obligan a ello... ¡Yo no puedo sacrificar mi felicidad a la vanidad de mi madrastra!

—No, Carlos, no... Déjame que me vaya yo sola. Ahora comprendo que soy un estorbo en tu vida... Tú perteneces a otra clase, a otro mundo... Nuestros caminos no pueden juntarse nunca.

—No quiero oírte hablar así, Dixiana... Sabes que te quiero por ti, por ti sola, sin importarme poco ni mucho tu condición... Si he querido presentarte aquí como una dama del gran mundo, fué solamente porque esperaba vencer de ese modo la oposición de mi madrastra... Esperaba que ella llegase a quererte por ti misma, como te quiero yo, como sé que te quiere mi padre, y entonces confesarle la verdad... Mi error ha sido el querer contentar a todos. Ahora me convengo de que eso es imposible, y me limito a contentarnos a nosotros dos...

—Pero...

—¡Basta de objeciones!... Ahora mismo

voy a dar orden de que enganchen la silla de posta, y dentro de una hora nos volvemos a Nueva Orleans.

—Pero, Carlos, piensa que tus padres te desheredarán.

—¡Que me deshereden! ¡Lo único que ambiciono en el mundo es poseer tu amor!

Saltó Carlos Van Horn. Dixiana quedóse sola en la habitación discreta, hasta donde llegaban, muy lejanos, muy apegados, los ruidos del gran salón. Meditó. ¿Qué debía hacer? ¿Escuchar las palabras de Carlos, cerrar los ojos y los oídos a los escrúpulos de conciencia y seguirle adonde fuese preciso, para pasarlo bien o para pasarlo mal? Por ella, encantada. ¿Qué más podía ella ambicionar que vivir al lado del hombre amado, aunque fuese en la pobreza, aunque fuese en la miseria! Pero, ¿tenía ella derecho a arrastrar a su vida agitada de trotamundos a aquel hombre habituado a vivir en medio del lujo y de la opulencia, que, seguramente, un día la echaría en cara el bien que había perdido? Y aun en el caso mejor; en el caso de que el señor Van Horn no desheredase a su hijo y aprobase aquel matrimonio, Dixiana comprendía ahora, lo adivinaba, lo presentía, que en alguna ocasión podrían recordarle su condición humilde — más que humilde, grotesca —, sino su marido, los padres de su marido, y la afrenta sería para

ella más dolorosa aún que la que ahora acababan de inferirle.

No estuvo mucho tiempo sola la joven. Jinger y Billy se presentaron, muy contritos, muy apenados, y el primero se apresuró a sincerarse:

—¡Perdóname, Dixiana... ¡Esta maldita memoria mía! Había olvidado por completo que estábamos representando una comedia...

—Ya sé que no lo hiciste intencionadamente, Jinger. No hablemos más del asunto.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Volver al circo—respondió Dixiana.

—Sí, es lo mejor—terció Billy—. No debimos haber salido de allí.

—Dices bien, Billy... No debimos haber salido. Aquella era nuestra vida. Pudimos adivinar que fuera de aquel mundo nos llamarían intrusos...

—Pero—arguyó Jinger—, según he podido observar, el joven Van Horn se ha puesto de tu parte, Dixiana. Todavía puede arreglarse todo. El que la madrastra se oponga a la boda es un obstáculo, pero no insuperable.

—Soy yo la que no quiere casarse con Carlos...

—¿Tú?—preguntaron a coro los dos cómicos.

—Yo, sí. Acabo de darme cuenta de que no hemos nacido el uno para el otro.



—No te separarás de mí.

Pues yo hubiera jurado lo contrario—dijo Jinger.

—¿Estáis dispuestos a volver conmigo al circo?

—Estamos dispuestos a ir contigo aunque sea al infierno.

—Pues entonces vámonos a ver a Cayetano.

VIII

NORIEZA OBLIGA

Iban ya a salir de la mansión los tres artistas, en una salida que tenía todas las apariencias de una fuga, cuando el señor Van Horn se presentó en la habitación. Contra su costumbre, no venía jovial y sonriente, sino que su rostro aparecía sombrío y una profunda arruga surcaba su frente. Había sido testigo, en el salón, de la escena ocurrida poco antes, y había sentido, como Carlos, la tentación de estrangular a la dama elefantiaca. Pero ni siquiera se decidió a intervenir, temiendo dar al escándalo proporciones mayúsculas.

Sin embargo, toda la rectitud de su carácter, toda su hombría de bien, se ponían de parte de la muchacha desvalida. A él, realmente, le tenía completamente sin cuidado que la joven fuese aristócrata o artista de circo. Es más; él, despreciado por los aristócratas, les pagaba en la misma moneda, y de aumentar su familia, le interesaba

más llevar a ella elementos de sangre plebeya que de sangre azul.

Además, la dulzura, la belleza y la simpatía de Dixiana le habían cautivado, y le complacía ver en ella a la futura madre de sus nietos.

Al ver entrar al señor Van Horn, Dixiana hizo una seña a sus compañeros, y éstos salieron de la habitación. Quedaron a solas el viejo y la joven, y el primero, aproximándose a ella, le dijo:

—He visto que Carlos daba órdenes de enganchar la silla de posta... ¿Es que se van ustedes?

—Yo, por lo menos, sí.

—Lo comprendo. Después de lo ocurrido... ¿Y él?

—El me dijo que quería irse conmigo... marcharse de esta casa... para no volver a poner los pies en ella...

—¿Dijo eso? — preguntó el señor Van Horn con un gesto de tristeza.

Hubiera querido la muchacha retirar las palabras que había pronunciado, comprendiendo cuánto hacían sufrir al anciano; pero era tarde ya. El plantador las había recogido y no se hacía ilusiones. Su única esperanza era que se rompiesen las relaciones entre los dos novios, que pasase el tiempo, que Carlos olvidase y que, al fin, se casase con otra mujer que pudiera vivir con ellos

en la casa, llenando las vastas habitaciones de risas de niños...

Preguntó, con un leve temblor de ansiedad:

—¿Y usted, naturalmente, está conforme con que él la acompañe?

—Al contrario; no lo consentiré nunca... me irá yo sola.

—¡Oh! él la encontrará pronto... y entonces sonarán las campanas de boda...

—No me encontrará. Nadie conocerá mi escondite.

—¿No le ama usted?

—¿Le interesa mucho saberlo?

—Sí, a decir verdad, me interesa mucho.

—Pues bien; le amo tanto, que solamente huyo de él para no perjudicarlo... He comprendido, aunque tarde, que sólo en su ambiente, entre los suyos, podrá ser feliz...

Era tan sincero, tan noble el tono de Dixiana, que Van Horn, sinceramente conmovido ante el sacrificio que se imponía la muchacha por la felicidad de su hijo, adelantó hacia ella y la estrechó en sus brazos, besándola paternalmente en la frente.

Dixiana, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Es usted demasiado bondadoso conmigo, señor.

—Créame usted, Dixiana, que sólo deseo poder demostrarle mi respeto...

—Hizo que un criado abriese de par en

par las puertas de la estancia que comunicaba con el salón, y ante la estupefacción de todos los invitados, se inclinó ante la artista como se hubiera inclinado ante una princesa, y le rogó:

—¿Puedo tener el honor de acompañarla a su coche, señorita?

Dixiana, conmovida, apoyó el brazo en el brazo que el señor Van Horn le ofrecía, y ambos atravesaron el salón lentamente.

Cuando ya iban a ganar la puerta que conducía al exterior, la señora Van Horn, hecha un basilisco, salió al encuentro de la pareja, y dirigiéndose a la advenediza, gritó:

—¡Apártese de mi marido... comedianta!

Entonces ocurrió algo inverosímil: el coronel Portier, el personaje más distinguido de la reunión, aquel a quien todos tomaban como árbitro en cuestiones de honor, avanzó hacia Dixiana, antes de que Van Horn pudiese contestar, y curvándose en una reverencia delante de la artista y de su acompañante, dijo:

—Señor Van Horn, ¿me concede el honor de abrir la portezuela del coche a esta dama?

Un bólido que hubiera caído en medio del salón no hubiera causado estupor más profundo. La señora Van Horn se creyó en la obligación de desmayarse; y cuando cayó al suelo, pues nadie se atrevió a sostener aquella mole, retumbó toda la casa.

IX

DEL CIRCO DE CAYETANO AL GARITO
DE MONTAGUE

Cuando Dixiana y sus dos compañeros se presentaron de nuevo en el circo de Cayetano, Jorge Montague se encontraba allí y su sorpresa fué grande al ver a los recién llegados. ¿Así, pues, la boda se había desbaratado? ¿Así, Dixiana, al parecer, volvía inerte a sus brazos?

Estaba el jugador al lado de Cayetano, e inclinándose al oído de éste, le dijo en voz baja:

—Si te pide que los contrates de nuevo, no lo hagas.

—Pero—objetó Cayetano—, ¿voy a perder tan buenos elementos?

—Haz lo que te digo!—dijo Montague con tono imperioso.

En aquel momento, Jinger, pisando el escenario, exclamaba alegremente:

—¡Salud, señores! Han vuelto las alegres golondrinas..., es decir, avestruces.

Pero sus palabras no produjeron en el due-



Y salió, triunfante, Dixiana.

ño del circo al efecto que él esperaba. Cayetano se levantó, y sin parecer reparar en los dos cómicos, se acercó a la muchacha y la dijo:

—Lo siento de veras, Dixiana... pero no puedo admitirles... He completado el programa con algunos números y el presupuesto no da para más.

—La verdad, no esperaba eso, Cayetano.

—¡Todo es por culpa mía!—exclamó Jin-

ger consternado—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Era el momento que Montague esperaba para intervenir. Se acercó a los tres artistas, y dirigiéndose particularmente a Dixiana, le dijo:

—¿Por qué no trabaja usted conmigo?

—¿En un garito?

—Un garito que tiene anexo la mejor sala de espectáculos de la ciudad.

—Aunque así sea, señor Montague, no puedo aceptar.

Pero en aquel instante, Dixiana dirigió la vista hacia sus dos compañeros, y los vio tan abatidos, tan vencidos de antemano por el problema que los amenazaba, que, volviéndose a Montague, le preguntó:

—¿De contratarme a mí, contrataría también a Billy y Jinger?

—Naturalmente.

—En ese caso, acepto. ¿Cuándo podemos empezar a trabajar?

—Mañana mismo, si ustedes quieren.

—Pues entonces, hasta mañana.

Cuando, fuera del circo, Montague se vio a solas con su hombre de confianza, Ernesto Miller, éste le dijo, tuteándole, como lo hacía, cuando se hallaban lejos de las miradas y oídos indiscretos:

—La verdad, Jorge, no comprendo tus planes...

—Son muy sencillos. Si Dixiana trabaja en mi casa, es seguro que Van Horn no tardará en ir a visitarla.

—¿Y entonces, le provocarás un duelo?

—Ya, no... pero si él se empeña...

—¿En ese caso, morirá como murió su tío?

Jorge Montague palideció intensamente; sus manos se crisparon sobre las solapas de la levita de Miller, y con voz ronca le dijo a éste:

—¡Si estimas tu vida, sigue guardando silencio sobre *aquello*!

Al día siguiente Dixiana, secundada por Jinger y Billy actuó por primera vez en el garito de Montague, con el éxito grande que estaba descontado.

Terminado su número, Montague se subió al escenario, y desde allí se dirigió a sus clientes:

—Señoras y caballeros... La próxima semana se celebrará en esta casa, con un lujoso baile de máscaras, la fiesta destinada a elegir la Reina del Carnaval, de este año... ¿Quién creen ustedes que debe ser elegida?

—¡Dixiana!—exclamaron todos a coro.

—Confío, entonces, que votarán por ella.

X

LA REINA DEL CARNAVAL

Una semana había transcurrido. Al fin iba a presentarse la ocasión que Jorge Montague había deseado tanto. Carlos Van Horn estaba en la casa de juego. Había acudido allí tras la pista de Dixiana, y esperaba con impaciencia, con ansiedad, el momento de verla.

No tardó en saberlo la joven. Jinger corrió a su encuentro, y le dijo:

—Dixiana, ahora podrás vengarte de Van Horn. Está aquí con Montague.

—Eso es que lo han traído aquí con engaños. Pero yo no consentiré que le hagan nada malo. A pesar de su familia, le amo, Jinger.

—¿Y qué piensas hacer para protegerle?

—Hacerlo creer que estoy de acuerdo con Montague, que soy su amiga y su cómplice... Así, ni Montague le hará daño, creyendo que a mí ya no me importa, ni él pensará en abandonar unos amores que son imposibles.

Y sin añadir una palabra más, Dixiana



Se puso delante un montón de fichas.

volvió la espalda a Jinger y entró en la sala de juego. Allí, acompañado de Montague y de algunos de sus hombres, Carlos jugaba y bebía. Había perdido mucho dinero, y estaba excitado.

Desde lejos vio Dixiana el estado en que se encontraba el que había sido su prometido,

y atrayendo con una seña al dueño del garito, le preguntó cuando lo tuvo a su lado:

—¿Qué hace aquí Van Horn?

—Viene a jugar—respondió Montague.

—Pero está bebiendo!

—Le he incitado yo a hacerlo.

—¿Piensa usted desplumarle, eh?

—No me interesa su dinero. Lo que deseo es provocarle a un duelo.

—¿A un duelo? ¿Para qué?

—Para matarlo!

—Pero, ¿por qué, Montague? ¿Qué le ha hecho Van Horn?

—¿Le parece poco el robarme el tesoro que yo más codicio?

—¿Qué es...?

—Su amor, Dixiana.

—¡Oh!, en ese caso no le robaron nada... Déjeme que yo juegue contra él... Ese hombre me ha ofendido, me ha insultado... quiero aprovechar esta oportunidad de vengarme.

—Bien, se lo dejo en sus manos... Espero que se muestre usted digna de mi confianza.

—Pronto sabrá usted quién soy.

—¡Oh Dixiana... estoy loco por usted!

—Ya hablaremos de eso después del juego...

Y la muchacha se dirigió, decidida, a la mesa que ocupaba Carlos Van Horn, al cual, dominando con el imperio de su gesto frío, le dijo:

—¿Usted aquí?

Vengo a probar mi suerte —respondió el joven, un poco confuso ante lo embarazoso de la situación.

En aquel momento, él hubiera querido decir a Dixiana cuánto era el amor que sentía por ella, cuánto había lamentado su marcha precipitada de la plantación, que tanta todas las apariencias de una fuga. Hubiera querido decirle que la había buscado ansiosamente por Nueva Orleans, hasta que por fin descubrió su paradero. Hubiera querido decirle muchas cosas... Pero el gesto frío y desdichoso de ella, aquel "usted" ceremonioso con que sustituyó el anteo empleado hasta entonces, le coblaban. ¿Era Dixiana realmente la misma de antes? Su estancia en aquella casa, la desenvolviera con que se movía en los vastos salones, ¿no hacían presumir que la artista era allí algo más que un simple número contratado?

Dixiana, como si no advirtiese sus preocupaciones, le dijo con tono amable y frívolo, como si se dirigiese a un simple cliente:

—¿Por qué no juega usted conmigo?... Veremos si es tan afortunado en juego como en amor.

Se sentó a la mesa de él, y Montague se apresuró a poner ante ella un buen puñado de fichas; tantas, aproximadamente, como Van Horn tenía delante. Empezaron a ju-

gar. Carlos perdía; perdía siempre, irremisiblemente. Diríase que la mala suerte le perseguía con ensañamiento, o, lo que era más probable, que su linda adversaria hacía trampas, de acuerdo con Montague.

Se lo acabó todo el dinero que llevaba encima. Pero el joven estaba demasiado aca-lorado para escuchar la voz de la prudencia. Pidió dinero a Montague, y como éste se lo negase por su sola firma, no vaciló en falsificar la firma de su padre.

Siguió jugando, y siguió perdiendo. Por fin descubrió la trampa, y entonces, fuera de sí, arrojando sobre Dixiana una mirada de desprecio, gritó:

—¡Me han estafado... los dices!... ¡Arregláretos este asunto ahora mismo, Montague!

—Estoy a su disposición, señor.

Cuando Carlos hubo abandonado el local, Dixiana, al ver fracasado su plan para salvarle, llena de despecho, de odio, le gritó a Jorge:

—Es a él a quien amo... a él... no a usted!

—¡Ah! ¿Con que se ha burlado usted de mí? ¡Esta bien! ¡La hice Reina del Carnaval y ya no puedo volverme atrás, pero pagará cara su burla!

XI

EL RAPTO

Pronto quedó olvidado el incidente. En aquel momento empezaba la fiesta de Carnaval en el garito de Montague, y Dixiana, elegida Reina por unanimidad, subió a la carroza que debía recorrer un corto trayecto por las calles de la ciudad.

Carlos Van Horn sólo tuvo tiempo de ponerse sobre sus ropas un holgado traje de pirot y mezclarse con la muchedumbre que rodeaba la carroza de la Reina. No se dio cuenta de que una máscara le observaba atentamente, sin perder ni uno solo de sus movimientos. Era su padre, que, inquieto por él, le había seguido a Nueva Orleans y tras él había entrado en el garito de Montague, siendo testigo de la escena violenta que allí se desarrolló.

La carroza de la Reina empezó a rodar por la calle, en dirección de un cercano edificio propiedad también de Jorge Montague.

En aquel momento, seis hombres enmascarados rodearon el vehículo, y apoderándo-

se de Dixiana, la condujeron, a pesar de sus protestas, al interior del mencionado edificio.

Hubo en la multitud un movimiento de alarma, que Montague reprimió prontamente, subiéndose a lo alto de la escalera y diciendo con la sonrisa más tranquilizadora del mundo:

—Calma, calma... no es nada... Raptamos a la Reina, porque un Rey se ha prendado de su belleza.

Y así, aquietados los ánimos, Montague siguió a sus secuaces. Pero una persona no se tranquilizó: el señor Van Horn, quien, acercándose a su hijo y dándose a conocer, le dijo:

—¿Vas a dejar que Montague se lleve a Dixiana?

—¿Qué me importa esa mujer! ¡Si supieras cómo se ha burlado de mí!

—¿Estás ciego!... ¿No adivinas por qué se fue de nuestra casa... por qué se interpuso entre Montague y tú?...

—¿Qué quieres decir?

—Lo hizo todo porque te quiere! ¡Ve a buscarla y no vuelvas sin ella!

Mientras que Carlos se introducía en el edificio, Montague, a solas con Dixiana en una habitación de la casa, le decía a la joven con tono burlón:

—¡Buena broma la del rapto!, ¿eh?

—¡Déjeme usted salir!



Carlos y Dixiana se amaban tiernamente ..

—¡Salir!... ¿Aún no comprendes lo que esto significa, mi Reina?... Dentro de unos momentos, aquí en privado, se celebrará la boda del Príncipe Enamorado y la Reina Esquiva...

—Si tiene usted algo de caballero, abra la puerta y déjeme salir!

—¿Por qué eres tan arisca? ¿No sabes que te amo?... Saldremos de Nueva Orleans... te llevaré a París, a Italia... ¡Serás mía!...

Y al hablar así, el villano la abrazaba, abusando de su fuerza. En aquel momento la ventana de la habitación se abrió violentamente, y Carlos Van Horn cayó de un salto sobre Montagua y le golpeó sin piedad.

Cuando el jugador pudo levantarse, molido y maltrecho, aún sacó fuerzas de flaqueza para encararse con su rival:

—¡Estoy a su disposición, señor mío, se lo repito! ¡Podemos batirnos ahora mismo!

Y como Carlos no vacilase en aceptar, Montagua salió de la habitación para preparar el duelo, que debía celebrarse en el patio de la casa; en el mismo sitio donde, años atrás, había sido muerto el tío de Van Horn.

Fueron inútiles las súplicas, las lógicas, los razonamientos de Dixiana. Carlos no estaba dispuesto a pasar por un cobarde a los ojos del mundo, y como abajo, entre la multitud que aguardaba en la calle, hubiese visto de lejos, poco antes, al coronel Porter, a él acudió para rogarle que le sirviese de padrino.

Accedió el pundonoroso militar, y pasó al patio de la casa, donde Ernesto Miller, el hombre de confianza de Montagua, acababa de cargar las pistolas, poniendo buen cuidado en no introducir la bala en la que estaba destinada a ser empuñada por Van Horn.

Mientras tanto, Dixiana, desesperada al ver la imposibilidad de convencer a su pro-

metido, se había vestido un traje de pierrot idéntico al de Carlos y cubierto el rostro con una máscara, descendió al patio antes de que lo hubiese hecho Van Horn, y ocupó su sitio frente a Montagua. Las pistolas se levantaron hacia el cielo...

En aquel instante algo sospechoso hizo al coronel Porter examinar las armas, y Montagua, al verse descubierto, ciego de rabia disparó contra su cómplice la pistola que tenía entre las manos.

Lo demás lo adivinará fácilmente el lector. Carlos y Dixiana, libres ya de obstáculos en su camino, pudieron realizar su sueño, y el viejo Van Horn, al cabo de algunos años, pudo ver también realizado el suyo: once chiquillos, rubios y bellos como angelotes, cabalgaban alegrementemente sobre sus rodillas...

FIN



José Mojica en «Hay que
casar al Príncipe»

Cancionero Popular

32 Páginas de
texto: 30 céntimos
20 canciones cada cuaderno

CARLOS GARDEL
IMPERIO ARGENTINA
JEANETTE MAC DONALD
JOSE MOJICA
ROBERTO REY
BLANCA NEGRI-ALADY
ENRIQUETA SERRANO
FELISA GALÉ
CELIA GÁMEZ
ORQUESTINA PLANAS
L. HARVEY - H. GARAT
MAURICE CHEVALIER
RAMPER
AZUCENA MAIZANI
MARIO VISCONTI

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona



Cancionero Popular

32 Páginas de
texto: **30** céntimos
20 canciones cada cuaderno

José Mojica, en «Hay que
casar al Príncipe».

CARLOS GARDEL
IMPERIO ARGENTINA
JEANETTE MAC DONALD
JOSÉ MOJICA
ROBERTO REY
BLANCA NEGRI-ALADY
ENRIQUETA SERRANO
FELISA GALÉ
CELIA GÁMEZ
ORQUESTINA PLANAS
L. HARVEY - H. GARAT
MAURICE CHEVALIER
RAMPER

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona